

PRESENTACIÓN DE ALFONSO REYES

En cualquier sitio del continente, en cualquier solar de habla española Alfonso Reyes es saludado como a conterráneo, como a los hombres que el campanario anuncia con toque familiar y ungido.

Por ser uno de los príncipes de las letras iberoamericanas y un valor definitivamente incorporado a la actividad espiritual de los pueblos del Nuevo Mundo, el visionario de Anáhuac y poeta de Monterrey ha contraído una ciudadanía continental, entre cívica y humanística. Esta hazaña, realizada sólo con el prestigio de sus libros, revela, entre la comunidad de naciones hispánicas, un vínculo inasible que alienta en lo más vivo de la tradición histórico-dinámica, un principio de anfictionía anímica de vastas proyecciones. Así se puede llevar a cabo noble tarea de acercamiento de países que persisten en vivir alejados unos de otros. Así se puede orientar la diplomacia en su manera más digna, en su verdadera eficacia, por encima de conferencias y congresos a veces estériles.

Amigo Alfonso Reyes: V. que es Embajador me dirá si me equivoco.

La diplomacia que llega hasta el alma de los pueblos es la que toma el camino de la cultura.

Por otra parte, entre nosotros, Reyes es más que un visitante: es un vinculado a lo más actuante y avanzado de la vida de nuestras letras.

Desde la primera vez que estuvo en Montevideo, desde aquellas inolvidables conferencias que dio en la Casa del Arte, Reyes nos hizo conocer el segundo plano de la vida mejicana, la energética de esta nación y su gesta por conquistar una conciencia ética, una espiritualidad de pueblo que dispone de tradición augusta —aztequismo, hispanismo, anahuacismo— y que a la vez rebosa de sangre moza, de impulso crudo, de ademán bizarro. Desde entonces,

pues, el poeta se nos confirma como consustanciado con la cultura mejicana, con la irradiación de su pueblo, con el sortilegio de Anáhuac que encierra el fervor aborigen y la epopeya del conquistador.

Embajador de las letras mejicanas, enviado del idealismo que ha de redimir a los pueblos, Reyes —vuelvo a decirlo— es considerado como uno de los nuestros, pues es él quien, con la autoridad de sus libros, la prestancia de su pensamiento abarcador, el radio de su obra, nos habla mejor de la solidaridad continental, de la hermandad de ánimo que — pese a los conflictos de fronteras— palpita en lo más adentrado de la vida del Nuevo Mundo.

Por todas estas fundamentales razones a que acabo de referirme, la presentación de Alfonso Reyes es tan inútil como absurda: es lo mismo que ir a México a presentar el Popocatepetl.

* * *

Inveteradamente mejicano e íntimamente entroncado con la tradición autóctona de su tierra, Reyes —por sus sondeos penetrativos, la envergadura de su numen y su inquietud siempre despierta que rebasan y magnifican los temas a que se dan —posee en alto grado la calidad ecuménica y el diámetro espiritual propio del tiempo que vivimos.

Por su conocimiento hondísimo de las literaturas pretéritas y presentes, por su saber ágil y opulento, Reyes es (como Gourmont, Apollinaire, Larbaud) el tipo del erudito moderno, en el que la sed de conocer, el desvelo de investigar, la sagacidad criticista y la pujanza creadora están intrínsecamente fundidos.

La civilización literaria de Alfonso Reyes, perfilada por una sólida cultura cosmopolita y por la dinámica experiencia de los viajes, está orientada por la brújula de su sensibilidad y por su agudeza glosadora.

Su crítica está hecha de lucidez comprensiva, ideas sutiles, aper-

cepciones escalonadas, originalidad de enfoque, elasticidad que no excluye la precisión, antena estética.

Reyes es un escritor fecundo. Ha publicado una veintena de volúmenes, desde *Cuestiones Estéticas*, aparecido en París en 1911, hasta *Romances del Río de Enero*, que vió la luz a principios de este año.

Valéry ha dicho —cito de memoria— que “la fecundidad de un poeta se mide más que por el número de sus obras por la extensión de sus efectos”. Y bien, la fecundidad de Reyes es no sólo numérica sino cualitativa: el radio de sus consecuencias puede apreciarse por el alcance de sus poemarios *Visión de Anáhuac*, *Huellas*, *Pausa*, *Romances del Río de Enero*; por la repercusión de sus cuentos y diálogos (*El Plano Oblicuo*), de su poema dramático *Ifigenia Cruel*, de sus anecdóticos, relatos y glosas (*Simpatías y Diferencias* y *Reloj de Sol*); por lo que aportan sus investigaciones críticas y estéticas, sus colaboraciones en la *Revue Hispanique* de París, la *Revista de Filología Española*, así como sus estudios sobre los clásicos Gracián, Lope, el Arcipreste, Quevedo, Alarcón, sus reflexiones acerca del teatro ateniense, Góngora, Goethe, Mallarmé (*Cuestiones Estéticas*).

Reloj de Sol lleva como epígrafe una rehabilitación de la anécdota, una defensa de los recuerdos:

Hay que interesarse por las anécdotas. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser, como la flor en la planta: la combinación cálida, visible, armoniosa, que puede cortarse con las manos y llevarse al pecho, de una virtud vital.

Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro molino. Este epígrafe es la revelación de su cuadrante, la imagen más fiel del tiempo que anda en su entraña.

Reyes dice al principio de este libro:

Reloj de Sol: el que da las horas con modestia.

Habría que añadir que los recuerdos y anécdotas en esta obra se suceden como minutos de extensión diferente, forman un cuadrante que da horas de claridad, de precisión y de flúido huidizo, como el tiempo —ese duende movedor de relojes, argonauta del ensueño.

Desfilan en este libro, ante la observación penetrante y la agilidad crítica de Reyes, los más célebres escritores de la actualidad, pero lo hacen envueltos en la gracia de la anécdota, de tal modo que, a veces impulsados por el fervor del recuerdo, sólo emergen para desaparecer en seguida y dar sitio a algún episodio de los cenáculos, a los parpadeos y meandros de la vida de los libros, a ciertas indicaciones sobre la climatología estética del presente.

En *Reloj de Sol* el relato y la crítica deambulan consustanciados, el fantasismo impresionista se une a la sagacidad interpretadora y a la solidez del concepto, para dar acento originalísimo a este libro que tiene algo de la savia de los clásicos —savia creadora y siempre fresca— flexibilidad para encarar los diversos temas, decir garboso en el que la gracia se arquea hasta el humorismo —tropismo irresistible del siglo en curso—.

Reyes es bien de nuestro tiempo: noblemente inquieto, agudo, antenado, de una espiritualidad intraobjetiva, de un idealismo irradiante.

El idealismo de Alfonso Reyes se confirma en estas confesiones que contiene *Reloj de Sol*:

Yo siempre escribo bajo el estímulo de sentimientos ¿cómo diré? constructivos. Lo que me deprime o me angustia nunca es fuente de inspiración en mí. Cada libro me recuerda un orden de estados de ánimo que me es grato, que me ha sido útil —íntimamente útil— dejar definido.

¿Qué fin persigo al escribir? Me guía seguramente una necesidad interior. Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de

consolarme o devolverme el equilibrio que el embite de las impresiones exteriores amenaza todos los días. Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta. Ya sé que hay grandes artistas que escriben con el puñal o mojan la pluma en veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza.

El *Testimonio de Juan Peña* es una búsqueda del tiempo perdido, un relato que lleva ocre de Topilejo y estampas mejicanas, una extraversion de la intimidad del poeta que acude a su mocedad y en ella descubre el sortilegio de los recuerdos, la imagen de otros días que reaparecen como parpadeo del alma, pero que traen, sin embargo, un fijativo: el paisaje y la anécdota atravesados por el lirismo.

Este flujo de recuerdos soleados y vitalizantes, por ser una iniciación a reencontrar la experiencia subjetiva que huye sin cesar, conduce al estado de trance.

El *Testimonio de Juan Peña* realiza una integración dramática y plástica: están compenetrados con su marco aldeano el Comisario pueblerino, la india que lleva a un niño en brazos, el vagabundo Juan Peña, arrodillado, quejumbroso comediante y sembrando humildad hasta por el polvo del camino, el montón de indios estremecidos y simples que esperan apaciblemente protección y justicia.

La Saeta es una visión de Sevilla en semana santa; una anotación lírica de las cúpulas de azulejos, de las espadañas; una penetración de la experiencia religiosa a través de la densidad sufriendo de la procesión y del encapuchamiento medioeval de los nazarenos; una captación del alma sevillana; un asimiento de esa exaltación piadosa que se da en el vuelo temblante de la saeta, en el arrebatado ante el misterio, en el terror deífico.

La poesía de Alfonso Reyes —por la variedad de tonos de su lirismo y de matices que se escalonan a lo largo de las imágenes— es de tal elasticidad y horizonte que llega al ensoñamiento sin esfuerzo ni artificio. Su gesta creadora es dar a los poemas ritmo de velero y rumbo seguro.

Pausa está hecho de diafanidad íntima, claridad sonora que corre por el verso, gracia de antiguo villancico, palpitación nunista.

Hay en este libro una pieza —*La Pipa del Cantabrico*— que tiene una rara afinidad lírica y plástica con ciertos cuadros de Barradas, captadores de escenas de tierra vascuence y de paisajes portuarios: tanto en el poema de Reyes como en esos lienzos de Barradas aparecen la pipa humeante, boinas, aguas color plomo, solidez de trazo, lirismo macho.

En *Romances del Río de Enero* —fervor de himno que de tan acendrado se repliega y condensa— los datos poéticos navegan en sobriedad solazante, en serenidad diafanizada. En esos romances, que suenan como los mejores que ha dado el idioma, se vislumbra la magia del trópico (un trópico traspasado por la meditación ensoñada y que por eso nada tiene del abigarramiento colorista y decorativo):

Trigueña nuez del Brasil
castaña de Marañón:
tienes la color tostada
porque se te unta el sol.

(Morena).

La hoja del papagayo
de tantos colores muda,
que ya flamea en granates
o llora de nieve pura.

Cola de pavo real,
toda la flora fulgura,
y la luz cambia de cálices
como el día de postura.

(El Botánico).

Se percibe la devoción por el paisaje (un paisaje refractado,

cavado, intraobjetivo, en el que la lejanía se filtra por el tamiz de la duración:

La tierra en el agua juega
y el campo con la ciudad,
y entra la noche en la tarde
abierta de par en par.

(Río de olvido).

¡Cómo todo fluye, y todo
se va de donde se queda!

.....
Abajo se escapa el mar
en la misma luz que entrega,
y aunque se escapa, no sale
de las manos de la tierra.

(Vaivén de Santa Teresa).

Un paisaje en donde la luz, aun siendo intensiva, tiene piedad
y el cielo penetra las horas y el entendimiento:

Filtran las nubes tus montes,
esponjas de claridad,
y hasta el pulmón enrareces
que arrastra la tempestad.

¿Qué enojo se te resiste
si a cada sabor de sal
tiene azúcares el aire
y la luz tiene piedad?

(Río de olvido).

Se asoma el anhelo —anhelo de asir lo fugitivo, de conocer el
íntimo devenir— que se apacigua en un remanso y resurge trans-
mutado en no sé qué finísima inquietud que se da en prolongaciones
ontológicas:

¡Eso que anda por la vida
y hace como que se aleja!
¡Eso de ir y de venir, eso
de huir y quedarse cerca!

.....
Eso de engañar a todos
como Zenón con su flecha

(Vaivén de Santa Teresa).

Será que el agua soñada
es la que apaga la sed,
la que retumba escondida

y nadie la puede ver.

(Contraste y sueño).

Y porque nunca pensé
y porque yo no sabía
que hay en el mundo una raya
donde el mundo es lejanía.

(Envío).

La beatífica paz de las cosas se esparce por el tiempo, se infiltra
en lo inmediato y llega hasta lo remoto, en un comulgatorio con
lo más volátil del ánimo:

La mano acudió a la frente
queriéndola sosegar.
No era la mano, era el viento.
No era el viento, era tu paz.

(Río de olvido).

Y como claridad extendida en el horizonte, se alzan hondísimas
correspondencias de las intuiciones sensibles del espacio y del tiem-
po:

Madura en tu seno el día
con calmas de eternidad:
cada hora que descuelgas
se vuelve una hora y más.

(Río de olvido).

Unas veces una musicalidad órfica; otras, una anotación de la
sonoridad de la naturaleza o una refracción de la acústica de lo
próximo y circundante, se infiltran en las imágenes o se ramifican
en relaciones sinfónicas:

Junto al rumor de la casa
anda el canto del sabiá,
y la mujer y la fruta
dan su emanación igual.

(Río de olvido).

Se enlaza el tiempo en la voz,
la canción tiene pereza.
Con ágiles pies los ángeles
se dejan venir a tierra.

(Vaivén de Santa Teresa).

De sonajas de cigarras
todo el aire era un temblor,
y en las pausas de silencio
el silencio era mayor.

(Castidad).

El lirismo se arquea, palpita y se da en ondas de amplitud diversa, en imágenes de elasticidad rítmica:

Y cuando vino la noche,
que todo estaba callado,
no estaba callado todo
porque reía el orvallo.

(Desequilibrio).

Busque el desorden del alma
tu clara ley de cristal,
sopor llueva el cabeceo
de tu palmera real.

(Río de olvido).

Tus calles se van al mar,
cargadas de carne viva,
y en tus angélicas aguas
te siembras y te bautizas.

(Envío).

Yace un tapiz de nenúfares
sobre el agua que se oculta,
pero el agua se estremece
sabiendo que está desnuda.

(El Botánico).

Unas veces, sin rozar siquiera las fibras del relato, parece acudir a la fuente de un mito:

Dicen que en el mar del trópico
anda una errabunda nave.

(Saudade).

De lo más adentrado de ciertos poemas de Reyes, de sus imágenes más sueltas y aéreas trasciende un efluvio de viajes, una agilización emanada de la andanza, que son rasgos de la creación de nuestro siglo.

* * *

Alfonso Reyes es un escritor leído y admirado en el Viejo y en el Nuevo Mundo. (Alguna vez la justicia inmanente llega hasta la República de las Letras, como en este caso en que se hace cargo de la obra del ilustre mejicano).

La celebridad de Reyes es una especie de revancha de la expe-

dición imperial del 62: los libros del poeta de Monterrey cruzan el océano, llegan a Europa, se imponen en París . . .

Y así a la bárbara conquista realizada sable en mano por Bazaine, Lorencez, Forez, en nombre del felón Napoleón III, Alfonso Reyes con caballerosidad musulmana, responde con la conquista del Viejo Mundo por medio de la poesía y en nombre del espíritu de Anáhuac.

Dos títulos de los libros de Reyes —*Reloj de Sol* y *Pausa*— me ayudan a terminar esta presentación demasiado larga: un reloj de sol trae la idea de tiempo medible, de horas fijas; y una pausa es lo que acecho desde hace rato en esta conversación para dejarle la palabra al maestro mejicano que nos honra con su visita.

Gervasio GUILLOT MUÑOZ.

Alfar, Montevideo, marzo, 1935.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"